



Pistoleros contra manchegos

El «pistolero» es una siniestra figura que habita en las grandes ciudades de nuestro país -preferentemente en Madrid- y que se dedica, entre otras actividades, a buscar mano de obra barata y rural, joven y amordazada, sacrificada y sumergida. En definitiva, lo que el «pistolero» busca es al «emigrante por un día»:

obreros de la construcción dispuestos a trabajar a destajo, sin cotizar a la Seguridad Social -o lo que es lo mismo, sin derechos laborales- y obligados a subirse al autobús todos los días a eso de las seis de la mañana para desplazarse a la capital y ponerse manos a la obra en un nuevo edificio cuando comienza a despuntar la mañana. Todos ellos manchegos y para los cuales no hay trabajo en su lugar de residencia.

Entre 150 y 200 kilómetros es la distancia que tienen que recorrer a diario -ida y vuelta, por supuesto- para poder llegar a fin de mes, comer, pagar deudas, en fin, vivir. Estos manchegos trabajan en pésimas condiciones, algo que repercute en el riesgo de accidentes laborales: el cansancio acumulado durante la semana y el coste físico que supone el desplazamiento diario les coloca al borde del siniestro. Según la época del año, la jornada laboral suele comenzar a las 8 de la mañana -como muy tarde- alargándose hasta las 7 u 8 de la noche. Algunos suelen quedarse en Madrid durmiendo en la propia obra o en patéticos pisos alquilados por la empresa de turno -a la que pertenece el «pistolero»- donde se suelen apilar hasta doce y quince personas en escasos metros cuadrados. El alquiler corre de su cuenta, faltaría más.

Más de cinco mil ciudarrealeños son víctimas de el «pistolero», un bandolero que no arriesga y que vigila implacable a los peones para que el edificio se termine lo antes posible y con los gastos mínimos -sabido es que si la obra supera en coste los cien millones de pesetas, la empresa está obligada por ley a dedicar entre el 3 y el 4'5 por 100 al plan de Seguridad Laboral- amortizando de esta manera la injusta inversión. Por esta razón, el empresario intenta no llegar a esa cifra y, a veces, les aplica el convenio provincial de la localidad de origen, de características inferiores a las de la capital, ahorrando a efectos de cotización principalmente, no de sueldos, ya que trabajan como en la vendimia: a destajo. Esto es, a más trabajo, más sueldo. Una especie de horas extras impuestas a la fuerza.

Según datos, el 50 por 100 de las empresas tienen trabajadores que cobran el paro además de su salario, pero sin cotizar y sin derechos, solo con obligaciones. Denunciar al «pistolero» sería denunciarse a sí mismo.

Es un extracto más de nuestra economía sumergida, algo tan español como el cocido madrileño y el queso manchego, por poner un ejemplo.

José Luis se acaba de despertar, un bache en el trayecto la ha arrebatado bruscamente el sueño profundo en el que se hayaba. Desorientado palpa su macuto: pesa poco. Se alegra, eso significa que va de camino a casa. La radio del conductor del autobús le recuerda que el viernes llega a su final, se alegra todavía más: la jornada ha terminado. Atrás ha quedado una semana mortal. Mil kilómetros del mismo trayecto le avalan. José Luis recuerda como el martes, el «pistolero» les tuvo hasta las nueve de la noche, con focos eléctricos, para que terminaran la pared de ladrillos que habían comenzado quince minutos antes de que se pusiera el sol. Aún siente en el paladar el sabor del Yuntero blanco que compartió con su compañero mientras los dos esperaban el autobús. Se sonríe, pero se vuelve a entristecer cuando le viene a la memoria la tarde del jueves en que un chaval -de no más de 17 años, cree recordar- se cayó desde más de ocho metros y el «pistolero» les obligó a apuntalarlo todo antes de que llegara la inspección -sí, esa que hace la vista gorda-. Esta noche verá a su hija despierta por primera vez en toda la semana.

Antonio M. Noblejas Solís

Madrugadora como siempre recibimos la felicitación navideña de Vinícola de Castilla, que por su belleza, no resistimos la tentación de publicar a la vez que agradecemos su atención

*Otro año, otro y otro, a vertiginoso ritmo,
abriendo el camino, casi a ciegas
la eterna promesa de mirar por la ventana,
queda difusa en el recuerdo,
golpeando la conciencia, el silencio.*

*En el ocaso de este tiempo medurado
en el que hemos gozado con poemas,
descubierto mágicos tesoros, con ideas
hermosas en el rincón más oculto;
hecho votos de leales hermandades,
entre amigos, de lo perdurable amantes.*

*La Navidad clara descubre otro horizonte,
libera el corazón preso de carencias,
eleva al ufano en lo que tiene;
dichosos, ¡quedáos con nosotros
aquí tenéis vuestra tierra embelesada!*

*Con la copa en alto, en la mano cálida,
con el alma temblorosa... ¡Feliz Navidad!*